

SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO

Isaías 40, 1-5. 9-11; Sal 85, 9-14; 2 Ped 3, 8-14; Mc 1, 1-8.

La Palabra clave de este segundo domingo de adviento es “**PREPARAR**”. Como Juan el Bautista, nosotros los cristianos estamos llamados a preparar las sendas y el camino (los corazones) para que otros reciban al Señor en sus vidas. Estoy seguro que la idea puede sonar emocionante y hasta algunas veces “trillada”, porque es como una continua predicación que se nos da a entender a los católicos cada vez que llegamos a escuchar la Palabra de Dios y en todo tiempo cuando se nos habla de la importancia del “**TESTIMONIO**”. Sin embargo pienso que este tiempo de adviento, dicha Palabra tiene un acento mucho más profundo, puesto que se nos presenta un personaje ejemplarizante: Juan el Bautista.

Lo que es para la primera lectura, en el evangelio se convierte en una interpretación que actualiza, según San Marcos, lo que sería el trabajo que le correspondió realizar a Juan el Bautista: **a) Preparar el camino, b) enderezar lo torcido**. Ambas lecturas me hacen recordar cuando era niño e iba a la finca de mi abuelo y observaba a los trabajadores que estaban con el machete y el azadón por los terrenos montañosos, quitando la hierba y la maleza; pensaba dentro de mí que dicho trabajo tan duro no valía la pena, y el esfuerzo era demasiado grande. Sin lugar a dudas no conocía el “**PROPÓSITO**”.

Al medio año o en las siguientes vacaciones regresaba y me daba cuenta que sí valía la pena; porque el sudor y el duro trabajo de preparar el terreno, era la única manera de obtener que la semilla del café, brotara, creciera y se convirtiera en una aromatizante taza de café. Antes me sentía con pereza y sin ánimo con sólo ir a acompañar a mi abuelo a que junto con los trabajadores prepararan el terreno. Después, veía la cosecha y me deleitaba, y hasta ayudaba, sacando los granos de café de color rojizo y ver todo el proceso posterior (si es que se puede decir que a la edad de ocho o diez años pudiese ayudar en algo).

Nos comportamos como infantes o niños en nuestro camino de vida espiritual, puesto que aun siendo conscientes de que tenemos que preparar el terreno para que produzca frutos, ante el esfuerzo y el sacrificio que de momento ello conlleva, dilatamos el mismo y nos contentamos con podar las ramas externas que van

aflorando y que más se notan en nuestra vida, pero no hacemos el esfuerzo de arrancar la maleza desde la raíz. La consecuencia es que siempre estamos con espiritualidad de niños, comerciando con Dios sobre cómo obtener los frutos sin esforzarnos o sencillamente esperando que venga del cielo un ángel que haga el trabajo por nosotros.

Peor aún, nos convertimos en las figuritas de los santos aparentando ser lo que no somos, pero sin obtener el verdadero y bello fruto que sólo se percibe con la puesta en marcha de preparar el camino de nuestro corazón a Dios; arrancando de raíz las malezas para que todos puedan percibir en nosotros el aroma de Cristo. *“Porque nosotros somos el aroma de Cristo ofrecido a Dios, para los que se salvan y para los que se pierden. Para éstos olor de muerte que conduce a la muerte, para aquellos, fragancia de vida que lleva a la vida. Pero, ¿quién está capacitado para una misión así?” (2Cor 2,15-16).*

Indudablemente nosotros como cristianos, si somos auténticos, necesitamos anticipar lo que esperamos. Pero de la única manera que podemos realizar esto en nuestra propia vida es preparando nuestro propio terreno. Tenemos que tener presente que el futuro soñado, pensado y predicado puede empezar a ser realidad ya desde ahora en nuestro mundo, con la tarea de estar transformando y mejorando el presente que nos rodea. Transformar y mejorar sobre la base de una espiritualidad madura y robusta, no pendiente a los testimonios de los demás, o a los proclamadores de negativismo y miedo.

Me recuerdo de un dicho un poco fuerte, que solían repetir en el seminario nuestros formadores, para darnos a entender la necesidad de una conversión personal: “al lado de un santo, viven varios mártires”. Pero la referencia era a una falsa santidad, aquella que se soporta por el testimonio de los otros o de las acciones de los demás. Cuando nuestra santidad es de esta manera, nos convertimos en los hijos mayores del Padre Bueno, que vivimos amargados y esclavos de unas prácticas externas de las que ni siquiera estamos convencidos y, como si no fuera poco, criticando la actitud de los demás o haciéndole imposible y más pesadas las cargas de nuestros hermanos, bajo la apariencia de que nosotros somos los santos y ellos los pecadores.

El futuro esperanzador, optimista y liberador tiene un inicio en el corazón de cada uno de nosotros y no en el del vecino(a). El llamado entonces en este segundo domingo de adviento es ir al terreno torcido de nuestro corazón y a las raíces de maleza que no nos han dejado crecer, para así poder arrancarlas y ser, como Juan el Bautista, verdaderos proclamadores del Reino nuevo de Dios. Valga, por consiguiente, terminar con las Palabras de la segunda Carta de Pedro: *“Por tanto, queridos hermanos, mientras esperamos estos acontecimientos, procuremos que Dios nos encuentre en paz con Él, inmaculados e irreprochables”* (2 Pd 3,14).